

Índice

Primera parte : El silencio
pasos en calles

Segunda parte : La soledad
pasos en caminos

Tercera parte : La muerte
pasos en veredas

Final :
pasos de vuelta

Sombras calladas de antes de llegar al mar



2018

Sombras calladas de antes de llegar al mar

Carlos Bruno Castañeda

Me dije

*–Ya han caído las hojas que tenías que caer.
Me barreré con paciencia el suelo. –*

Y me vine.



2018

Las tapas de este libro ha sido elaborada con cartón reutilizado, cortado y pintado a mano.

Muchas de ellas se han realizado en Talleres Cartoneros abiertos. Gracias a todos aquellas personas que nos han cedido amablemente su creatividad.



Sombras calladas de antes de llegar al mar
by Carlos Bruno Castañeda
is licensed under a Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-
SinObraDerivada 4.0 Internacional License.

www.cartoneraisland.com

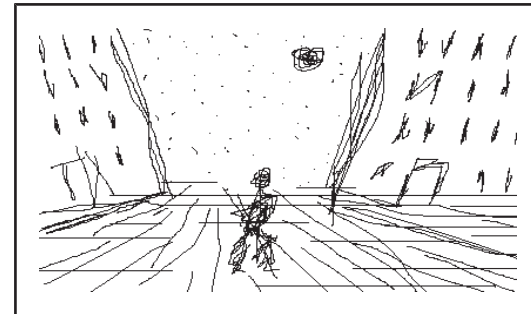
2018

*Entonces abandonó el nombre,
la seguridad y la furia.*

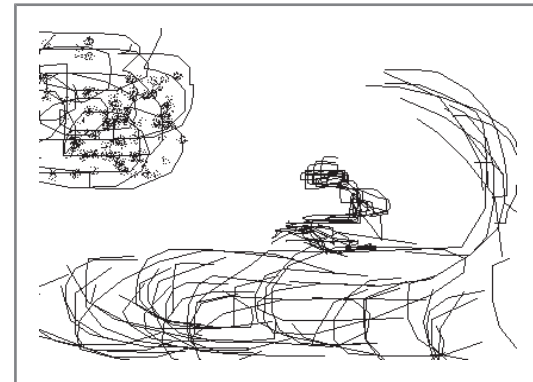
Sayak Valencia

*Andamos por aquí
callados,
buscando preguntas para hacer
a todo el silencio de los días,
a la soledad partícipe de las calles,
a la muerte, triste gesto.
Siempre damos de morros
con el mar, buscando tal vez
en el principio, en una memoria
hundida en las olas,
tanto paso abandonado.*

Primera parte : El silencio
pasos en calles



Final:
pasos de vuelta



*Al silencio lo salpican
sonidos extraños y misteriosos,*
Daiana Herderson

Llegamos solos hasta la costa,
donde impasibles erizos,
lentos y despiadados,
guardan la rompiente
de los sobresaltos del mar.

En cualquier isla
siempre se siembra una casa
un poco más arriba de la playa.
Cuatro paredes y un tejado,
secos, salados,
con macetas dejadas por fuera
retando al salitre.
Allí, si te asomas,
siempre habrá un lecho para un náufrago.

Envuelto en calor me acercaron.
Ni cuenta me di del frío.
Pese a todo, nací.
–Tú naciste cansado –
Bostezos y berrinches,
comencé, garganta suelta,
tarde en hablar.
Y aquí me tienen,
tantos tacos de madera
apuntalan la vista miope.

iii

Si mal no recuerdo,
tú eras un sentimiento carnal,
un beso suave,
llegabas a la timidez del cangrejo.
Yo era la búsqueda de tus rincones,
las manos nadando,
el grito de ¿quién vive? sobre ti.
Las ventanas de atrás estaban apagadas,
nosotros fuera, a merced del tiempo,
mojábamos segundos
con nuestras bocas.

ii

Sin demasiada fortuna
perdí tu dirección.
O quizás nunca he reconocido
tu verdadero rostro.
Las máscaras se agarran a los rasgos
a lo mejor buscando paliar la falta de gestos.
El continuo asombro
de habernos tropezado mutuamente.

Entre brecha y bache,
de oír tanto callado,
tontos sordos,
listos ciegos,
un día comencé a tallar
como buenamente pude
todo el aire del resuello.
Busqué un papel en los bolsillos
y lo dejé ir,
esperando, pobre de mi,
que el naufragio sería inminente.
Aún sigo mareado.

Estas casas
se enredan,
se hacen nudos y les salen
plazas,
fuentes,
rincones,
alamedas.
Las recorren de lado a lado
hombres y mujeres que,
además, las llenan de puertas.

i

Recuerdo un gris
contigo acompañando
el paseo y el mar...
Sorteamos las rocas que rajan las olas.
Empañé mis gafas con el salitre
y humedeciste tus labios
en la sombra del aire.
Era gris y yo intentaba incorporarte
a los sonidos de la costa.

Haga el frío o la lluvia
que haga,
ya es hora de despojarse
del abrigo y la cuesta.
Seguramente no dimos con
la respuesta, la piedra final
que lanzar al agua,
pero ya es hora de amanecida.
Recoge los enigmas
y siéntate un momento.

En ocasiones
las calles de por aquí se esconden
paralelas al horizonte,
guardando sus secretos.
Parecen tristes
por culpa de sus esquinas
duras de doblar.
Pero es aquí donde ninguna pelota
se pierde y
hay niños
—en territorios de perros—
marcando los ensanches reales,
esos cotidianos
que no hacen caso de las señales
del ayuntamiento.

Hay calles que recorreremos
dejándonos caer como barrancos:
con prisa, hacia el mar.
Y aunque ya no nos guiemos por las torres
–como barcos viejos–
aún hay quienes recuerdan cuando esto
era sólo un pueblo.
En realidad,
esas calles
las alargamos
hasta que, cansadas, olvidan
su infancia marina...
entre ruidos nuevos
de los tiempos que corren.

Si amanece coincidiendo
con el último humo de volcán
tendremos un eclipse,
un final de época,
quizá alguna isla más
a la que arrimar el frío
del silencio de estos litorales.

Tras el tiempo del mundo
nunca sé si se despierta
un día
o es que abre los ojos
el apocalipsis consabido.

Se oyen llegar y pasar los camiones
de la basura
que, como de tiempo en tiempo,
andan sin rutas y sin metas.
Pasean la falsedad de esta ciudad
indecorosamente,
dejando el olor y el ruido
que, como un mal de ojo,
nos recuerdan los días que
están por llegar...
y pasar.

Bajamos los escalones
y a trompicones nos echamos a la calle
procurando, como todas las mañanas,
no aplastar los ánimos ajenos.
Montamos con cuidado los miedos cotidianos y,
pacientemente,
ordenamos de nuevo los muertos de los periódicos
en el intento tozudo
de que alguna vez
cobren sentido.

Tanto trabajo que hemos amontonado
para, al final, no recordarnos.
Para olvidarnos:
de los muertos,
de los sufrimientos,
incluso de los vivos y las alegrías...
de todas las experiencias guardadas
y ahora enmohecidas
para la ignorancia venidera.

Generaciones de hombres
ocuparon su tiempo durante años
en construir escalones en bajamar.
Estos peldaños salados
se inclinan siempre,
obligándote a descender con ellos.
Reptando todos sigilosos
para sorprender a las últimas piedras
de la orilla.
Después, te dan la espalda
y tiran p'arriba.

Se convierte este camino
en la angustia
que se ha tomado la molestia y el desayuno
conmigo.

En las esquinas se reúne la gente,
nos esperamos unos a otros
y tarde o temprano apareceremos
porque aquí todos nos conocemos
... por alguna gente que conoce a otra gente.
Todos nos arrimamos el silencio
y hablamos y no diremos nada,
quedándonos con el interrogante
en el bolsillo
y el interrogatorio entre los coches,
para mañana.

Se cumplen los años.
La noche está terminando.
Así el tiempo nos arranca
las raíces,
nos deja los pies embarrados,
los cuentos vacíos,
huérfanos de pretéritos.
La muerte se convierte en agresor,
en constante guerrero.

Esta vereda salada
imita la paciencia,
la mirada de aquel indiano impenitente.
Aquel abuelo que fue y volvió.
Un día me quedé sin pasado,
sin cuba lejana,
sin caribe
siempre más allá del horizonte.
Ahora entreaterro el tiempo
por echar a faltar en la vereda
su sombra.

A lo largo de todo el día
hemos recitado, aburridos,
miradas lentas,
unos buenos días monótonos
como nanas
para adormilarnos sobre escritorios,
repisas, andamios, volantes...
Nos dejamos llevar nuestras propias velas
a otros entierros
con tal de no mantenerlas
firmes, propias y en los mástiles.
Nos vendemos las almas, mientras
nos contamos, acobardados,
los miedos de cada mano.

Montamos entre todos
este tinglado, este problema...
la boca callada
–Chitón–
No somos habitantes de los mapas,
las rutas marítimas no pasan por aquí,
la historia no deja huella
–siempre de puntillas–
y todo se convierte en silencio.

Ya a estas horas no hay guaguas
de vuelta.
Perdidos en el atlántico,
somos tan carne de cañón
como cualquier suburbio del mundo.
Nos inventan las crisis y las hambres.
Los millares de muertos,
el desierto converso y obligado
son, a estas horas, muecas de un tópico.
Ya estas piedras los vieron
y aquí siguen: Todo callado.
Ni un recuerdo.

Sobre estas costas
se acumulan tantos tonos de grises,
que los atardeceres se convierten
en anuncios del fin del mundo.
La bajamar suele dejar húmedos
los rompeolas
y las pisadas crujen,
sin huellas,
a restos de civilización,
mucho más allá de la decadencia
y el horizonte.

Todo un día con tanta palabra
donde hundir manos
y naves
para acabar, esta tarde, cobijados en el
silencio que entre todos paseamos,
temiendo que ni el temporal
ni la quema
hayan comenzado.

*Can you hear it
you with your long shadows and
[your short shadows
Alice Oswald*

En cualquier isla
el mar suele rodear
con sus olas las playas y los acantilados.
Si de noche observas la orilla,
nunca sabes,
a ciencia cierta,
donde es tierra firme
y donde se mueve la ola...
... La oyes.
Si te agachas humedeces los dedos.
Pero ver preciso ese límite...
... lo que se dice verlo,
no se ve nunca.

Segunda parte : La soledad
pasos en caminos



Tercera parte : La muerte
pasos en veredas



*Por un instante nada es derrota: la
tarde arroja su último resplandor,
sin nostalgia.*

Arturo Borra

Con paso ya ahuyentado
la vida sigue andando en penumbras
por estas tierras.
Busca víctimas que resucitar
al dolor.
A esta pelea contra el desamparo.

En cualquier isla
hay un lugar tierra adentro.
Te colocas en él y no oyes,
ni ves,
ni supones
el mar.
Si no supieras dónde estás
dirías que el océano no existe,
que las tormentas o el agua
son obra de la imaginación.
En estos casos suele llover.

Suele amanecer la soledad
en cortos territorios.
Se aplica concienzuda en el animo,
por los rincones de las plazas,
entre la avaricia de otros cuerpos
y otras conciencias.
Atornilla a los caminantes
al tenue abatimiento
de cualquier ausencia vieja,
justificando, incluso, a los árboles,
fijos al frío o al calor.

De un tiempo a esta parte las
tardes, en esta laguna sin fondo,
tropiezan cada vez menos con
rebaños de ovejas pacientes que
oigan al frío entre la hierba.

Se quedan las claves de los textos
debajo de los abrigos,
en el estómago del amargo grillo
frota su alma contra nuestro
aliento que, ya poco visible,
se mezcla con la niebla.

Las tardes así abandonadas
cruzan entre la bulla,
el final de un día,
los restos del mercado
o, tal vez, entre la hostilidad
ya rutinaria
de las calles.
En estas tardes acabamos todos
por cargar con cada una
de nuestras soledades...
pero como aquí hay gente para todo,
las parejas encuentran sitios para
la cháchara obstinada
que nos amarga, además,
la aritmética del abandono.

Ando sin prisas,
sin cielo para pisar ni turbar,
sin darte cuenta de una nube,
una niebla,
cuatro gotas.
Y te ves metido en vereda
con el frío cogido a la cintura,
diciéndote, morrudo, si el camino
no estará yendo muy lejos.
Estos caminos con cruces y sin rayas,
sin más batallas perdidas
que algún beso extraviado.

Aunque lo llenan
de piedras
de tierra
y los cubren de asfalto
los baches en la laguna
son parte del paisaje.
Viejos como las montañas
conocen atajos por donde
volver a salir.

Andamos mojados y callados
viendo muchas puertas cerradas,
imaginando dentro calores encerrados,
fuegos guardados...
unos tacaños, otros íntimos,
todos justificando una calidad privada
y oculta.
Empapados los pies en charcos
seguimos por la acera, andando.

Tropezamos descuidados
con nuestras propias lápidas
para la infancia.
Hay quien por esto manda niños
de rodillas lastimadas y sucias
a pedir limosna
a cualquier rincón, a recoger
unas imágenes,
unos recuerdos,
dos duros
y alguna palabrota.
Yo en cambio, me apunto,
me tiro piedras
y me escondo la mano
... que viene la vieja.

De vez en cuando
los sueltan en una esquina
y sus pasos recorren deprisa
todo el largo de la calle,
detrás de si mismos o de un balón
requintado a patadas.
Piden pídula como recobrando
el resuello
y el sol, para no ser menos
o blanco de alguna piedra,
se va escondiendo
de esta partida de salvajes
a los que ya llaman
para ir a dormir...
dura tarea siempre.

A menudo advierto en la calle
cierta vocación de confesor.
Se siente un recogimiento,
una mirada baja de confidente
y una borrosa camaradería.
Otras veces, paso caminando
y es que me voy quedando solo.

Párate
y asoma la nariz.
Parece que hace frío,
pero es que a los fantasmas de nuestros caminos
se unen los de un pueblo u otro
y todos aparecen muertos y solidarios.

–¿Sólo hay héroes en la infancia?–
y aquella niña llora en un rincón.
Perdió su varita mágica.
A partir de ahora
tendrá que dejar encantamientos.
Buscarse una casa y un pasado.

Trayectos en calles crecidas
o en barbecho,
con cuatro siglos de edad
o recién paridas
como veredas.
Días y trayectos por calles anónimas
de tanto soportar nombres,
pisadas y vueltas a levantar.
Aprendieron de conquistadores, piratas,
epidemias y procesiones
el gesto del olvido,
de la soledad compartida
y van repitiendo ante mis ojos
... dentro de nosotros mismos...
la mueca de la vieja majadera:
el silencio de las piedras y
sus huesos.

Orientando los pasos
caigo en la cuenta,
suma y sigue,
de esta evidente soledad.
Y es que todos nuestros itinerarios
son como estos lugares
que diariamente abandonamos:
una violencia en ciernes.